

SOBRE EL INEVITABLE DILEMA DE UNA FILOSOFÍA NO CRISTIANA

JOSEF PIEPER

Como todo el mundo sabe, es bastante común discutir acerca del carácter problemático en la filosofía cristiana, o incluso de su imposibilidad. Esta vez, mi propósito, por el contrario, es proponer una cuestión que raras veces ha sido discutida; es la cuestión de cómo es posible una pretendida filosofía no cristiana. ¿No existe un inter-no dilema en la idea de una filosofía no cristiana?

Quizás debería yo hacer aquí algunas anotaciones preliminares para clarificar el significado de esta cuestión. En primer lugar, con una filosofía no cristiana no quiero indicar, por supuesto, digamos la filosofía del hinduismo o de China (en la medida en que no están todavía decisivamente influenciadas por ideas occidentales). Mi tesis tiene a la vista exclusivamente el ámbito de la civilización occidental y esa clase de filosofía que ha sido dominante en el mundo occidental durante las dos o tres últimas centurias, lo que quiere decir, la filosofía del racionalismo.

Además «filosofía» se toma aquí en el sentido que le daban los grandes fundadores de la filosofía occidental (PITÁGORAS, PLATÓN, ARISTÓTELES) cuando usaban este término.

Aunque es imposible exponer brevemente este antiguo concepto de filosofía, en todas sus implicaciones, al menos dos de sus elementos más importantes han de ser mencionados.

Primero, no deberíamos considerar el significado literal de la palabra griega «philo-sophía» como algo meramente accidental. El dicho de PITÁGORAS de que ningún hombre puede ser llamado sabio («sophós») sino todo lo más un buscador amante de la sabiduría («philo-sophos»), esta historia, ha sido interpretada por PLATÓN

seriamente como una cuestión de principio. Para PLATÓN, filosofar no es otra cosa que apuntar a una sabiduría que sólo Dios realmente posee. Ni siquiera SOLÓN y HOMERO, tienen esta sabiduría, y, de otro lado, ninguno de los dioses filosofa. Pero no sólo PLATÓN, que puede ser en cierta medida tenido como sospechoso, como un «pensador religioso», también ARISTÓTELES, el fundador de una filosofía más sobria y crítica, dijo más o menos lo mismo. No solamente es, según él, la cuestión de qué es real (τὸ τὸ ὄν) una cuestión que siempre se ha preguntado, es preguntada hoy y será preguntada siempre, sino que incluso mantiene que esta cuestión, en el fondo, busca una respuesta que sólo puede ser conocida por Dios. Y ésta es la razón por la que ARISTÓTELES dio a «la filosofía en el sentido primordial» (Metafísica) el nombre de «Teología». Así, este primer elemento del concepto original de filosofía supone (por lo menos) su sistemática y no prejuzgada apertura a la Teología.

El segundo elemento es éste: proponer y ponderar una cuestión verdaderamente filosófica (por ejemplo; ¿qué es conocimiento?, ¿qué es espíritu?, ¿qué sucede realmente siempre que muere un ser humano?), proponer y ponderar cuestiones como éstas significa siempre, al tiempo, preguntar por la estructura de la realidad y de la existencia como un todo; todo el que pregunta por una cuestión realmente filosófica queda *eo ipso* compelido a hablar de «Dios y el mundo». Esto es lo que distingue a la filosofía de la ciencia. El estudioso de la Medicina que investiga la causa de un trastorno específicamente infeccioso no está involucrado en el tema del mundo tomado como totalidad. No le está permitido hablar de «Dios y el mundo». Mientras que el hombre que escudriña el significado último de la enfermedad en su totalidad, ciertamente no sería justo con su tema si rechazara el pensar acerca de la existencia humana en su totalidad, si rechazara empezar (por decirlo así) desde Adán y Eva. De hecho, es exactamente esto lo que sucede en el *Symposium* de PLATÓN: la cuestión del significado del *Eros* es respondida primeramente por la Sociología, la Psicología, la Biología; pero entonces viene ARISTÓFANES y dice: vosotros no podéis esperar conocer algo adecuadamente sobre el último significado del *Eros* a menos que consideréis qué le sucedió a la naturaleza humana al comienzo de la historia del hombre, y entonces cuenta el mito de la perfección y plenitud original del hombre, de su caída y pecado y de su castigo;

comienza, en otras palabras, desde Adán y Eva. Ahora bien, en el diálogo platónico «Menón», cuando la discusión racional sobre la naturaleza de la enseñanza y el aprendizaje ha entrado en punto muerto SÓCRATES dice: ahora se hace necesario volver a aquellos que son sabios en los asuntos divinos. Y ¿quiénes son los sabios en los asuntos divinos y dónde encontrarlos?. SÓCRATES (y también PLATÓN) no duda un momento en dar una respuesta a esta cuestión: sus respuestas remiten a la esfera superracional del mito, la inspiración, la revelación, la teología. Y, de nuevo, ARISTÓTELES tampoco rechaza una respuesta de este estilo. Uno de los más incitantes resultados del clásico libro de WERNER JAEGER sobre ARISTÓTELES, es que, detrás de la ontología mucho más abstracta contenida en la metafísica Aristotélica, se puede encontrar el «credo ut intelligam». Hoy día, si tuviéramos que proponer la misma pregunta a un educado ortodoxo hindú, recibiríamos una respuesta bastante similar. Pero un moderno europeo o americano secularizado no sabría qué puede significar una «sabiduría de las cosas divinas» ni dónde podría encontrarse tal cosa.

Este es el momento en el que el núcleo de esta pequeña meditación aparece ante la vista: el dilema de una filosofía que ni reconoce ni conoce el mito ni la teología, pero que, a pesar de ello, sostiene todavía ser lo que PITÁGORAS, PLATÓN y ARISTÓTELES llamaron «filosofía». Desde el punto de vista platónico-aristotélico, la idea de una filosofía cristiana no necesita ninguna defensa o justificación; mientras que, de otro lado, es extraordinariamente difícil, si no imposible, encontrar una respuesta a la cuestión: ¿cómo puede existir en nuestro mundo occidental una filosofía explícitamente no cristiana? (concedido, repito, que por filosofía uno no entiende algo diferente de lo que se significaba con esta palabra cuando fue acuñada por primera vez). En la civilización occidental, no hay claramente nada análogo a lo que, para PLATÓN, eran mitos, «sabiduría de cosas divinas», enseñanzas de los misterios cálticos, sagrada tradición entregada por los ancianos, (que, como dice PLATÓN, fueron los primeros receptores del mensaje divino). Todo esto ha desaparecido del modo de ver las cosas moderno, a no ser que aceptemos que ha sido absorbido y preservado (y, por supuesto, también purificado e inoperadamente perfeccionado) en la revelación, la fe y la teología cristiana. Si esta suposición es cierta, ¿no estamos entonces enfrentados con la alternativa crucial, bien de negar el múltiple contrapunto su-

prarracional de la interpretación del mundo (y consecuentemente, abandonar lo que originariamente se llamó filosofía), o bien preservar ese contrapunto esencial permaneciendo sistemáticamente abiertos a la teología cristiana?

En este momento, estoy preparado para enfrentarme a la cuestión contraria: ¿no es absurdo mantener que, en nuestro mundo occidental, no debía existir filosofía alguna no cristiana que conservara el nombre de filosofía? A esta cuestión intentaré dar una respuesta doble.

Primero: existen varias formas de moderna «filosofía» que expresamente no pretenden ni sostienen ser filosofía en el antiguo sentido, sino en su lugar— sólo ciencias especializadas, comprensibles e interesantes sólo para el experto. Pienso en el «análisis lingüístico» y en la así llamada «scientific philosophy» en general.

La segunda parte de mi respuesta es mucho más complicada. Una filosofía no cristiana en la que todo elemento de la tradición cristiana ha sido completamente eliminado, es un fenómeno muy raro en nuestro mundo occidental. Cuando, por ejemplo, DESCARTES responde mediante el recurso a la veracidad de Dios, que no puede engañarme, a la pregunta de por qué una percepción clara y distinta tiene necesariamente que ser verdadera se apoya claramente en la misma tradición de fe que sostiene excluir por principio. O cuando Manuel KANT, en su ensayo acerca de la religión, cita alrededor de setenta y cinco veces la Biblia, parece que no se mantiene, —como el título de su ensayo aparenta—, «dentro de los límites de la mera razón». Por supuesto, no por ello podemos hablar de un fragmento de filosofía cristiana, pero ¿puede ser llamada en conjunto y totalmente no cristiana? O bien, JEAN PAUL SARTRE, —cuyo existencialismo sostiene ser la forma más radical de filosofía no cristiana—, no pudo haber sido entendido por un pagano nihilista de la antigüedad, digamos, por ejemplo, por el sofista GORGIAS. «No hay naturaleza humana, porque no hay un Dios que la haya podido concebir y proyectar»: ¿tienes que ser un cristiano para ser capaz de comprender esta afirmación!.

Se ha dicho (en la «Philosophical Review» de la Cornell University americana, dicho sea de paso, en una reseña crítica muy seria de uno de mis propios libros): «La filosofía, —cito literalmente—, se encuentra en el momento presente bajo una doble amenaza: ser

vaciada de todo valor humanístico por reducción a la semántica y a la lógica, o ser absorbida por una teología oscura, ambigua e inadecuada. Los filósofos liberales de izquierda tienen que aceptar este reto mediante la formulación de una filosofía que evite ambos peligros». La primera frase cuenta con mi total acuerdo, especialmente porque parece implicar que no toda teología tiene necesariamente que ser «oscura, ambigua e inadecuada». Pero que los que tienen «un pensamiento filosófico de izquierda liberal», que ellos principalmente, estarán en disposición y querrán aceptar una teología no oscura, no ambigua y adecuada, eso es algo sobre lo que me permito tener serias dudas. Y es precisamente esta improbabilidad aquello en lo que consiste inevitablemente el dilema de una filosofía no cristiana.